

ALBERTO BLEST GANA

DURANTE LA RECONQUISTA

Santiago: Editorial Universitaria/ Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2010, 924 pp.

La esperada edición crítica de *Durante la Reconquista* es el resultado del trabajo conjunto de Juan Durán Luzio, investigador de dilatada trayectoria en el estudio de la literatura hispanoamericana, y del historiador Iván Jaksic, gran conocedor del siglo XIX y estudioso de figuras centrales en él como Andrés Bello.

Difícil acercarse a esta emblemática obra de las letras chilenas sin sentir el peso del monumento. El liminar de Pedro Lastra ayuda a dimensionar el valor de rescatar una novela como esta durante el año del Bicentenario y el valioso trabajo documental realizado por los investigadores en las notas lingüísticas e históricas para acercar el texto a todo tipo de lectores.

El prólogo que acompaña esta edición entrega antecedentes para contextualizar el lugar de enunciación de esta novela: escrita en 1897, Blest Gana debe evocar un Chile que se aleja en el recuerdo tras largos años vividos en París, un Chile que además se erige en un lugar de liderazgo en el contexto del continente, robustecido tras la Guerra del Pacífico, pero que también ha debido atravesar un momento de conflicto y división internos con la guerra civil del 91. Así, el mensaje de unidad nacional que portaría la novela se hace más visible en el marco de la coyuntura histórica en la que surge.

Si *Martín Rivas* es la gran novela de costumbres del siglo XIX, *Durante la Reconquista* es la novela histórica fundamental de esos años. Paradigma indiscutido del género en Chile dentro de la línea inaugurada por Walter Scott en Inglaterra y reconocida por Georg Lukács como la vertiente clásica del género, sin duda no es la obra más leída de Blest Gana. Su longitud puede ser un elemento disuasivo en estos tiempos de prisa, pero el mismo Blest Gana parece haber anticipado que no podía ser de otra manera. Según declara en su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile en 1861, “Literatura chilena”, el género narrativo más idóneo para “los progresos en cuya vía se encuentra lanzado” el país al mediar el siglo antepasado era la novela de costumbres y no la novela histórica, la que considera más adecuada para lectores “de esmerada educación”, aquellos capaces de deleitarse con el complemento que la novela suponía de textos históricos como el de Barros Arana o el de los hermanos Amunátegui.

Efectivamente, en *Durante la Reconquista*, Blest Gana se retrata como un estudioso de la historia de Chile agradecido de la labor histórica que desentraña los misterios de aquellos años de luchas por la Independencia y que le permite escribir una novela fiel a los acontecimientos. Pocas y sutiles son las imprecisiones que delatan las notas críticas al texto y no llegan a distorsionar significativamente la imagen recuperada por los historiadores consultados por el autor. Sin embargo, la rígida estructura que

supone la fidelidad al dato histórico no impide que la ficción resultante sea una gran novela; el método compositivo elegido al emplear protagonistas ficticios permite que eso se logre y que en definitiva esta obra no tenga solo un valor especular respecto del discurso histórico, sino que también se transforme en una interpretación de aquello que muestra. En este proceso el texto pierde la claridad pedagógica que lo adorna y logra sobrevivir al paso del tiempo, evidenciando contradicciones y dejando abiertas preguntas que interesa discutir todavía.

Como decíamos, los personajes de ficción vitalizan la historia y la humanizan; entran en contacto con figuras centrales como Manuel Rodríguez, Mariano Osorio, Vicente San Bruno o Casimiro Marcó del Pont, son testigos de los festejos realistas tras el desastre de Rancagua, y de la prisión, la ejecución y el exilio de los patriotas, convirtiéndose algunos de ellos a su vez en agentes vitales de la reorganización de las fuerzas que serán comandadas por O'Higgins y San Martín al finalizar la novela, cuando los veamos remontar la cordillera para así desempeñar su histórico papel en la crisis, como diría Lukács, sin haber sido violentados por la ficción.

Junto con ser una novela sobre hechos históricos, *Durante la Reconquista* es sin duda una historia de amor. Así lo destaca también el prólogo: una historia de amores contrariados entre Abel Malsira y Luisa Bustos. Uno de los primeros obstáculos que se interpone entre estos primos es una coqueta y ambiciosa española, Violante de Alarcón, que seduce a Abel impidiendo que la relación con Luisa llegue siquiera a verbalizarse y de paso separa a una familia, los Malsira, que van a ser un modelo a escala del conflicto que atraviesa a toda la sociedad. Reforzando dicho conflicto en el plano compositivo hay otra pareja de enamorados separados por posiciones políticas, Trinidad Malsira y Hermógenes Laramonte, en cuya historia campea la tragedia como digno sacrificio de una sociedad que está a punto de conquistar la Independencia definitiva. Toda renuncia personal será recompensada al obtener el anhelado sueño de libertad.

Mucho se ha dicho sobre el relieve que el pueblo adquiere en *Durante la reconquista* en relación con otras obras de Blest Gana. El prólogo destaca el hecho de que la novela comience y termine con “sendas escenas de masas en movimiento” (17), pero junto con la glorificación del poder que esa masa alcanza, es inevitable advertir la imagen de una fuerza ciega, sin un propósito, como la de un rebaño de animales que puede huir en estampida en cualquier momento. De ahí la importancia que la primera aparición de Manuel Rodríguez disfrazado, justo en medio de la celebración realista, adquiere. Esta “turba” irreflexiva que sin embargo forma una muralla humana contra la que chocan los caballos de los policías cuando estos pierden el control de sus bestias, huye despavorida en el desorden, dejando a las dos elegantes señoritas, Violante y Luisa, que se han aventurado contra todas las advertencias más allá de los límites del palacio, totalmente expuestas a las bestias desbocadas. Su acompañante, Abel Malsira, no acierta a protegerlas y la llegada de Rodríguez resulta providencial: “se lanzó sobre los caballos con extraordinaria agilidad y no pudiendo asir la rienda

de los dos, dio al uno en la cabeza un feroz bofetón, que le hizo cambiar de rumbo, y empuñó con rapidez inaudita las riendas del otro, hasta paralizar enteramente sus movimientos” (59).

Esta masa necesita la conducción de líderes que la puedan llevar adelante en una lucha noble por la patria, tal como lo hace Manuel Rodríguez, y como lo hacían los jóvenes defensores de la Sociedad de la Igualdad en *Martín Rivas*. Por eso el valor máximo en esta novela es la voluntad. Los personajes pusilánimes o que priorizan las emociones personales por sobre los ideales políticos deben sobreponerse a sus pasiones: Trinidad Malsira por ejemplo, quien en vida no alcanza la paz, la encuentra después de muerta, tras una escena en que el narrador se detiene en mostrar el verdadero exorcismo que durante su agonía se opera en ella de esa pasión por un español: “La frágil máquina humana buscaba el aire con ansias espasmódicas de pez que han sacado fuera del agua. La pura y suave belleza del rostro maculado con la sangre de las sanguijuelas sobre la almohada, tomaba un aspecto trágico. Por su dilatación desmedida las órbitas parecían inmovilizadas en la contemplación de un abismo” (676).

Pero no solo los personajes de ficción pagan cara su debilidad de carácter. En este sentido es tremendamente significativa la incapacidad de Mariano Osorio de imponerse por sobre los brutales impulsos de su mano derecha, el capitán San Bruno. Esa debilidad es la que la novela critica más abiertamente y la que firmará la sentencia política del gobernador español con la llegada de su sucesor.

Por el contrario, Luisa Bustos se recorta desde un principio en este friso de personajes por su entereza y capacidad de resolución en situaciones difíciles, y por eso en las escenas que preceden a su muerte y en las que valientemente se enfrenta al capitán San Bruno, la vemos caracterizada casi como la libertad que guía al pueblo en el cuadro de Delacroix: a torso desnudo mientras se resiste al ultraje del capitán. Su posterior muerte es retratada con toda la dignidad que su intento por salvar a Abel le otorga, ambos caen unidos por un beso y el narrador los suspende en esa escena de heroísmo. La última mirada de San Bruno al cadáver de Luisa refleja la impresión de lo sublime en un alma despiadada. No hay ahí nada de la violencia con que al morir se agitan los pusilánimes o aquellos que se dejan llevar por pasiones degradantes como Juan Argomedo, quien muere arrastrado por el caballo de Cámara, llegando el narrador a decirnos al finalizar el capítulo LXII que su cráneo había perdido la forma humana al impacto de las piedras y los troncos de los árboles.

Pero esa voluntad y racionalidad tan exaltada en personajes como Luisa corre el riesgo de devenir en maquinación en otros como la ambiciosa española Violante. La posibilidad de que en definitiva esa cualidad sea la que termine imponiéndose en esta darwiniana lucha por la vida (63; 77; 818) es la que nos hace ver en esta novela no solo el nostálgico regreso de Blest Gana a un origen libre de acomodaticias alianzas políticas como la del año 1857 entre liberales y conservadores, según sugiere Jaime Concha, sino también una reflexión sobre lo arraigado de la enfermedad que se incubó

en ese siglo XIX que Blest Gana desde París mira ya con escepticismo. Inquietante parece la reunión final de dos de los personajes más oportunistas de la novela: la española Violante de Alarcón y el chileno Jaime Bustos. En la penúltima página y mientras se aquietan las aguas de la ficción atravesada ahora por las citas a los reportes de *La Gaceta* sobre los progresos de las fuerzas patriotas, nos enteramos de que don Jaime, el tutor y pretendiente de Luisa que ha hecho lo posible por mantenerse firme en la estima de los españoles, celebra como un patriota más; “de los arrepentidos es el reino de los cielos” (924) le dicen los contertulios de siempre y lo felicitan por haber alojado a Violante de Alarcón en su casa, mientras él, olvidado de su amor por Luisa, piensa en casarse con la española.

Desde la Francia en que escribe Blest Gana nos llega una imagen de *Madame Bovary* en el irónico gesto que también clausura esa novela: el farmacéutico Homais recibiendo la Legión de Honor.

Antonia Viu Bottini
Universidad Adolfo Ibáñez

PEDRO PRADO

OBRAS COMPLETAS.

Santiago: Origo, 2010. 4 vols.

Editorial Origo ha publicado las obras completas de unos de los principales escritores chilenos del siglo veinte: Pedro Prado. Con esta importante publicación, compuesta por cuatro tomos que suman casi dos mil páginas, se inaugura una ambiciosa propuesta editorial que ha sido titulada “Biblioteca Los Diez”. Esta colección estará compuesta por las obras de los principales miembros de este grupo de artistas e intelectuales chilenos, cuyo período de mayor actividad fue durante la década de 1910. En concordancia con este espíritu inaugural que la presente publicación adquiere, es una decisión acertada optar por la figura de Prado, ya que fue el fundador y principal promotor del grupo en cuestión.

Lo que primero llama la atención en estas *Obras completas* es su altísima calidad en la confección de los cuatro tomos que componen el libro, ya sea en términos de diseño editorial, tipografía, etc. Al revisar con detención estos tomos, veremos que esta calidad no solo se evidencia en sus aspectos materiales, sino que también en el contenido, lo que da cuenta de un trabajo editorial y de investigación prolijo y acertado.

Pedro Prado Calvo (1886-1952) fue un artista íntegro. La presente publicación lo demuestra, al mostrar las diversas facetas creativas que compusieron la inquieta personalidad estética de Prado. Incursionó fundamentalmente en la poesía y en la narrativa (en ambos géneros destaca como uno de los exponentes primordiales dentro